La oración es la luz del corazón

www.paoline.org

Secundo Domingo

Gen 12,1-4; 2Tm 1,8b-10; Mt 17,1-9

Algunos días oscuros o brillantes nos hacen descubrir – con una mezcla de emociones – la fascinación de la luz que cambia la percepción de las cosas. También las personas cambian profundamente si las atraviesa o no la luz. Como cuando se encuentra una persona con los ojos brillantes o con una mirada apagada. Una experiencia mucho más fuerte debe haber sido la de los tres discípulos Pedro, Santiago y Juan, que asistieron a una metamorfosis repentina en el rostro de Jesús. De hecho, el texto señala que «su rostro brilló como el sol», dejando intuir que se trató de una extraordinaria revelación de su identidad secreta. A los tres que allí pronto asistirían al final desconcertante del Maestro, se les concede esta breve experiencia de luz. En efecto, hay una referencia inevitable y al cuanto necesaria: la transfiguración sin la cruz es vacía; pero también la cruz sin la transfiguración es ciega.

«Los llevó a solas a una montaña muy alta». Mientras ora, tiene lugar esta singular experiencia de Dios. Orar es la condición que nos puede transfigurar también a nosotros. Pero ¿qué es la oración? ¿Técnica de relajación? ¿Bienestar psicofísico? ¿Concentración y autoconciencia? Es mucho más que todo esto. En Jesús se nos da a entender al menos dos aspectos. La oración es ante todo búsqueda de la *soledad*. Es un estar solo para encontrar a alguien. No es aislamiento, sino es espacio fecundo del encuentro con Dios, y seguramente también consigo mismo. He aquí por qué viene antes la oración personal y después la comunitaria. Si falta esta concreta disponibilidad de tiempo personal, es imposible la dimensión pública y compartida de la liturgia. La oración es también, sobre todo *escucha*: la iniciativa es de Dios, no del hombre. No somos nosotros los que hacemos oración, o la experimentamos de modo más o menos gratificante, más o menos libre. Todo depende de Dios. El acento no cae tanto sobre el ver, cuanto sobre el escuchar, que requiere una buena pasividad, que es mucho más generadora de vida que no el hablar consigo mismo.

No es casualidad que los efectos de la oración no tardan en manifestarse. La oración hace más lúcidos, capaces de no perderse en los detalles y de tener claros los objetivos. Incluso se ahorra tiempo cuando se tiene esa claridad interior y no se salta de una a otra parte. La oración, además, hace más fuertes, es decir, capaces de resistir a las presiones externas y de escapar del conformismo servil, que lleva a repetir los juicios y acciones de los demás. Por último, la oración nos hace más libres ya que nos hace percibir un mundo interior que amplía el horizonte, sin hacernos circunscribir por lo que es plano, descontado, a una sola dimensión.

Don Domenico Pompili

CUARESMA

La oración es...

Fruto del silencio es la oración,
fruto de la oración la fe,
fruto de la fe el amor,
fruto del amor el servicio,
fruto del servicio la paz.

(beata Teresa di Calcutta)